

¿CUÁNTOS PANES TIENEN?

EDITORIAL



Heriberto Herrera

Cada vez se levanta con mayor vigor una clamorosa denuncia por la creciente desigualdad social en la humanidad. Estamos llegando a una situación tan insoportable que las denuncias de tamaña injusticia provienen, no ya de los clásicos desposeídos, sino del seno mismo de los países ricos, como lo hemos presenciado este año en ocasión de conferencias de alto nivel sobre economía global.

El hecho es innegable. Crece la riqueza mundial a ritmo vertiginoso, y masas humanas cada vez más amplias van quedando marginadas del bienestar abundante.

El desequilibrio social, agudizado por el fenómeno arrasador de la globalización, está provocando roturas graves en la familia humana, con consecuencias alarmantes.

De entre los mismos dirigentes de la economía mundial se alzan voces preocupadas que denuncian como una situación intolerable la creciente exclusión de millones de seres humanos.



A los científicos y políticos les tocará idear caminos de desarrollo que conduzcan a una mayor equidad social. A la iglesia, conciencia y voz de la humanidad, le corresponde interpretar la actual situación desde el ángulo de la fe.

“Al principio no era así”. El Jubileo, para los israelitas, ofrecía la oportunidad para intentar un reajuste social. Había que resanar los desequilibrios que el egoísmo había ido creando. Se trataba de restablecer la fraternidad concreta, donde todos pudieran sentarse como hermanos a la mesa de la creación, como lo había pensado Yavé. Algo así como actualizar la creación original.

Esta dimensión fundamental del Jubileo sigue siendo básica y urgente. Se solicita una conversión de la humanidad para que los países aplastados por monstruosas deudas puedan ser liberados de esta esclavitud moderna. Que los países pobres tengan igualdad de oportunidades en el actual festín de la abundancia.

Lamentablemente se percibe el riesgo de reducir la celebración del Jubileo a una conversión intimista, espiritualista, limándose su mordiente social. Sin hablar de una versión comercializada del Jubileo que piensa en “ganar indulgencias” como quien acrecienta una cuenta bancaria.

Eso no es más que el reflejo de una espiritualidad que cultiva misticismos ignorando la realidad amarga de un mundo con graves conflictos socioeconómicos. Es bastante común oír a personas piadosas elevar plegarias a Dios para que “dé pan a los pobres y salud a los enfermos”.

“¿Cuántos panes tienen?” –pregunta Jesús a los discípulos preocupados por una masa hambrienta pero que no logran imaginar una solución. La solidaridad está despuntando como una versión exquisita de la caridad. Nuestro pequeño aporte, aparentemente insignificante, puesto a disposición de Dios, puede hacer milagros. La conversión que solicita el Jubileo es la toma de conciencia de que el plan de Dios de una humanidad fraterna se encuentra gravemente desordenado. Y de que a nosotros nos toca, fortalecidos por la gracia, luchar denodadamente por restablecer la equidad social.

Que todos tengan acceso al Dios de la abundancia gracias a que no nos eximimos del empeño social cristiano.